

deseos de exterminarlos, pero aplacaron su enojo las súplicas de Moisés, diciéndole: ¡Ah! que no digan, te ruego, jamás los egipcios: Sacólos maliciosamente fuera de Egipto para matarlos en los montes y exterminarlos de la tierra. Apláquese tu ira, y perdona la maldad de tu pueblo.

»Acuérdate de Abraham, de Isaac, y de Israel, tus siervos á los cuales por tí mismo juraste diciendo: Multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo, y toda esta tierra de que os tengo hablado, se la daré á vuestra posteridad, y la poseeréis para siempre».

No pudo sin embargo Moisés reprimir su cólera. Para darles á entender que con su apostasía habían roto la alianza que tenían hecha con Dios, y que en adelante el Señor quedando libre de la palabra que les había dado, tenía derecho de castigarlos como unos esclavos rebeldes y fementidos, acercándose al campamento y al ver el becerro y las danzas, arrojó las tablas, testimonio y escritura de la alianza que tenía hecha con Dios, y las hizo pedazos; y luego cogiendo el becerro de oro, lo puso en medio de una hoguera, lo calcinó, y para mayor desprecio hizo beber al pueblo reducido en polvos aquel mismo Dios, que ellos habían forjado, dándoles á entender su ceguera y estolidez, por haber puesto su confianza en una estatua sin movimiento y sin alma, cuyo poder no alcanzaba á impedir á Moisés que lo tratase con el mayor desprecio y vilipendio.

Muy bien, pues, dice un piadoso peregrino que en estos sitios que nos ocupan todo habla de Dios, y hasta las piedras refieren prodigios.

Al pie del Ras-Safsafech, cerca del punto donde se unen el Uadi-Choaib y el Uadi-ech-Cheikh, existe la roca donde Aarón fundió el idolo.

Continuando la marcha hacia el poniente, hállanse en la confluencia del Uadi-el-Ledja y del Uadi-er-Rahah, las ruinas de los dos antiguos conventos de San Pedro y San Pablo y de Santa María de David.

A mil quinientos metros al sur, en el Uadi-el-Ledja, se levanta una gran peña granítica con varias hendiduras horizontales, lo cual ha dado lugar á una tradición, según la cual es la roca que, tocada por la vara de Moisés, dió paso á una fuente copiosa, mas para nosotros esta tradición es errónea, por cuanto la peña de la que brotó agua viva está situada en Rafdim.

Hacia el sudoeste de esta peña existe el arruinado monasterio Deix-el-Arbain ó *Monasterio de los cuarenta* llamado así por el número de Monjes que en él moraban, los cuales fueron asesinados por los árabes. Hoy sus ruinas se han convertido en un huerto, propiedad de los monjes del Sináí.

Emprendiendo hacia el sudoeste penosa ascensión por el desfiladero de Moisés, *Chakh-Musa*, llégase á la cumbre del monte de Santa Catalina, el pico más elevado de la península, y por lo mismo desde allí el horizonte es más vasto y dilatado, abarcando la mirada la península sináítica toda entera.

Desde allí, el que ha recorrido esta tierra de los prodigios, lee como un mapa las quejas, los sentimientos, las rebeldías, los infortunios, las muestras de remordimiento, los favores, las idolatrias, las prevaricaciones de los israelitas. De que fueron teatro aquellos montes y aquellos valles fueron teatro y espectadores, durante los cuarenta años que aquéllos los habitaron.

¡Qué comienzo de peregrinación á la Tierra Santa! Sólo así, penetrados de la miseria del corazón humano con la enseñanza que nos dan los hebreos, podremos formarnos una idea relativamente cabal de la necesidad y trascendencia de la obra reparadora.

II

Otra vez en el desierto. Al poco de haber salido el viajero del monasterio de Santa Catalina hállase en estrechos desfiladeros que las lluvias torrenciales han hecho casi intransitables, y en su suelo pedregoso apenas pueden sentar la planta los camellos. Las vertientes de la parte oriental de los montes sináíticos son aún más agrestes y peligrosas de las occidentales; el silencio es sepulcral y la soledad completa.

Lo primero que se encuentra digno de la consideración del viajero, á dos horas del Djebel-Musa, en una de las revueltas del Uadi-Saal, es un *naly* musulmán consagrado á Neby-Saleh, sencillo oratorio al que tienen gran veneración todos los beduinos de la península. Allí descansan los restos mortales del jeque de los jeques, del gran profeta de que se habla en el Corán: y su sepultura es objeto en los últimos días de mayo de famosa peregrinación que puede considerarse como la fiesta nacional de las distintas tribus de la comarca.

Después de andar largo tiempo por un verdadero laberinto de estrechas cañadas, llégase del Uadi-Ghazalet; la marcha es entonces menos difícil, pero la aridez es la misma y la falta de agua causa á los viajeros penoso sufrimiento.

La principal causa de la falta de corrientes de agua en esta península debe ser atribuída á que ninguna montaña puede conservar, dado el calor excesivo de aquellos países, cantidad suficiente de nieve para alimentarlas.

Todas las corrientes de agua participan más ó menos de la naturaleza de los torrentes: su nombre común en árabe es *wadi wady*. La sequía del suelo de Arabia ha llegado á ser proverbial; pero un geógrafo turco dice que el Nedjed, meseta interior de este país, encierra algunos lagos y Strabón, testigo ocular, habla también de lagos formados por ríos.

Llégase por fin á la deseada fuente de Ain-el-Hadhera, identificado por algunos con Haseroth, donde, conforme diremos, acamparon algunos días los israelitas. Otros colocan esta estación en Crucis-el-Elbeirig, al sudoeste de Ain-Hadhera. Opinión allí respetable por los vestigios que allí se encuentran de antiguo campamento. Aquellos lugares nos recuerdan la reproducción para los hebreos, disgustados de alimentarse solo con maná y deseosos de comer carne, de la portentosa caza de codornices, á la cual siguió una plaga de la que perecieron á millares. De ello recibió aquel lugar el nombre de *Sepulcro de la Concupiscencia*. Veamos de qué manera el pueblo hebreo experimenta la misericordia á la vez que la ira del Señor.

Al tiempo de alzar el arca, decía Moisés: «Levántate, Señor, y sean disipados tus enemigos, y huyan de tu presencia los que te aborrecen.

»Mas, al asentarla decía: Vuélvete, oh, Señor, hacia la multitud del ejército de Israel.

»Entre tanto se suscitó murmullo en el pueblo quejándose con el Señor por el cansancio. Lo que habiendo oído el Señor, enojóse; y encendido contra ellos fuego del Señor, devoró á los que estaban en la extremidad del campamento.

»Habiendo entonces clamado el pueblo á Moisés, éste oró al Señor, y quedó el fuego extinguido, ó *absorvido por la tierra*.

»Por lo que llamó el nombre de aquel lugar *Incendio*: por haberse encendido contra ellos el fuego del Señor.

»Porque sucedió que la gente allegadiza que había venido con ellos de Egipto, tuvo un ardiente deseo de comer carne, y poniéndose á llorar, uniéndosele también los hijos de Israel, dijeron: ¡Oh! ¡Quién nos diera carne para comer!

»Acordándonos estamos de aquellos pescados que de balde comíamos en Egipto: se nos vienen á la memoria los cohombros y los melones, y los puerros y las cebollás, y los ajos.

»Seca está ya nuestra alma: nada ven nuestros ojos sino maná».

«Oyó pues Moisés que el pueblo estaba llorando, cada cual con su familia á la puerta, de su pabellón. Y encendióse en gran manera la in-

dignación del Señor; y aun al mismo Moisés la cosa le pareció intolérable.

»Por lo que dijo al Señor: ¿Por qué has afligido á tu siervo? ¿Cómo es que no hallo yo gracia delante de tus ojos? ¿Y por qué motivo me has echado á cuesta el peso de todo este pueblo?

»¿Por ventura he concebido yo toda esta turba, ó engendradola, para que tú me digas: Llévalos en tu seno, como suele una ama traer el niño que cria, y condúcelos á la tierra prometida con juramento á sus padres?

»¿De dónde tengo yo de sacar carnes para dar de comer á tanta gente? Pues lloran y murmuran contra mí, diciendo: Dános carne para comer.

»No puedo yo solo soportar á todo este pueblo: porque me pesa demasiado.

»Que sino lo llevas á mal, suplicote que me quites la vida, y halle yo gracia á tus ojos para no sufrir tantos males.

»Dijo el Señor á Moisés: Reúnense setenta varones de los ancianos de Israel, los que tú conoces que son autorizados y maestros del pueblo, y los conducirás á la puerta del Tabernáculo de la alianza, y harás que estén allí contigo.

»Y descenderé Yo, y te hablaré, y Yo tomaré de tu Espíritu, y lo comunicaré á ellos para que sostengan contigo la carga del pueblo, y no te sea demasiado grave llevándola solo». (Había ya Moisés instituido por consejo de Jetró, su suegro, *decanos y tribunales*, para decidir las controversias; pero además de que todos podían aún apelar á Moisés, siempre había de entender éste en los asuntos de más consecuencia y dificultad, y sobre todo cargaba con el gobierno general del pueblo, y con el conocimiento peculiar de todo lo que pertenecía á la religión. Mandóle pues Dios formar un consejo de sesenta ancianos; que, según los escritores judíos, escogió entre aquellos que habían gobernado el pueblo en Egipto; y en este consejo, á cuyo frente estuvo Moisés, residió después la soberana autoridad del gobierno. Tal fué el origen, ó á lo menos el modelo del famoso *Sanedrín*, ó consejos de los judíos: aunque ya no reside en él espíritu de Dios).

»Dirás también al pueblo, continuó el señor: Purificaos, mañana comeréis carnes; ya que os he oído decir: ¿Quién nos dará carnes para comer? mejor nos iba en Egipto. Sí, el Señor os dará carnes para que comáis.

»No un día, ni dos, ni cinco, ni diez, ni veinte.

»Sino por todo un mes entero: hasta que os salgan por las narices y

os causen náusea; puesto que habéis desechado al Señor, que habita en medio de vosotros, y llorado en su presencia, diciendo: ¿A qué propósito hemos salido de Egipto?

»Pero Moisés respondió: Hay en este pueblo seis cientos mil hombres de á pie; y tú dices: Yo les daré á comer carnes un mes entero.

»Por ventura se ha de matar tan gran muchedumbre de ovejas y de bueyes que les baste para comer? ¿ó se habrán de juntar á una todos los peces del mar, á trueque de hartarlos?

»Replicóle el Señor: Pues qué ¿acaso flaquea la mano de Señor? Bien presto verás si tiene efecto mi palabra.

»Vino pues Moisés, y reunidos los setenta varones de los ancianos de Israel (á los cuales colocó junto al Tabernáculo), refirió al pueblo las palabras del Señor.

»Y descendió el Señor en la nube, y habló á Moisés, y tomando del Espíritu que en él había, se lo infundió á los setenta varones. Y luego que posó en ellos el Espíritu, comenzaron á profetizar—ó manifestar su espíritu divino—y continuaron siempre así en adelante.

»Dos de los ancianos se habían quedado en el campamento, de los cuales uno se llamaba Eldad y el otro Medad; y también posó sobre el Espíritu; porque también estaban en la lista, aunque no habían ido al Tabernáculo.

»Y como profetizasen en el campamento, vino corriendo una muchacha á dar aviso á Moisés, diciendo: Eldad y Medad están profetizando en el campamento.

»Al punto Josué, hijo de Nun, ministro de Moisés, escogido entre muchos, dijo: Señor mío Moisés, no les permitas tal cosa.

»Pero él les respondió: ¿A qué fin tienes celos por amor de mí? ¡Ah! ¿quién me diera que todo el pueblo profetizase, y que el Señor, concediese á todos su Espíritu?

»Y volvióse Moisés al campamento con todos los ancianos de Israel.

»Después de esto un viento excitado por el Señor, arrebatando del otro lado del mar codornices, las trasportó y arrojó sobre el campamento, al rededor de él, por espacio de una jornada de camino, y volaban en el aire á dos codos de altura sobre la tierra.

»Con lo que acudiendo el pueblo todo aquel día y aquella noche y el día siguiente, juntó el que menos diez coros de codornices; y las pusieron á secar al rededor de los campamentos.

»Todavía tenían las carnes entre los dientes, y no se había aún acabado semejante vianda, cuando de repente irritado el furor del Señor contra el pueblo, le castigó con una plaga sobremanera grande».—Aun

estaban con el bocado en la boca, cuando la ira de Dios descargó sobre ellos; y mató á los más robustos del pueblo, acabando con lo más florido del pueblo de Israel.—

»Por cuyo motivo fué nombrado aquel lugar, SEPULCROS DE CONCUSCENCIA; porque allí fué sepultada la gente que tuvo aquel antojo. Partidos, en fin, de los Sepulcros de concupiscencia, vinieron á Haseroth, donde acamparon».

Durante la estancia de los hebreos en Haseroth, (palabra que significa *cierre, recinto*, sin duda por el cierre de piedras en seco ó por el vallado de arbustos con que rodearon sus campamentos, como practicaron todavía los árabes para defensa de sus aduares). María, hermana de Moisés, fué atacada de lepra por haber murmurado, junto con Aarón, contra su hermano.

»Y hablaron María y Aarón contra Moisés á causa de su mujer la Ethiopisa».—Esta mujer era Sephora, del país de Madián, el cual pertenece á Ethiopia.—

»Y dijeron: Pues qué, ¿por ventura el Señor ha hablado solamente por boca de Moisés? ¿acaso no nos há igualmente hablado á nosotros? Lo que oyendo el Señor.

»(Pues era Moisés el hombre más manso de cuantos moraban sobre la tierra).

»Al momento dijo á él á Aarón y á María: Venid los tres solos al Tabernáculo de la Alianza. Venidos que fueron;

»Descendió el Señor en la columna de nube, y poniéndose á la entrada del Tabernáculo, llamó á Aarón y á María. A los cuales así que se presentaron.

»Les dijo: Escuchad mis palabras. Si hubiese entre vosotros algún profeta del Señor, yo me apareceré á él en visión, ó le hablaré entre sueños.

»Pero no así á mi siervo Moisés, que es el más fiel ó *confidente, mayordomo, procurador, ó encargado*, en toda mi casa:

»Porque yo á él le hablo boca á boca, y él ve claramente al Señor, y no por enigmas ó figuras. ¿Pues cómo os habéis atrevido á hablar mal de mi siervo Moisés?

»Y airado contra ellos se retiró.

»Se apartó también la nube que estaba sobre el Tabernáculo; y he aquí que María *de repente* se vió cubierta de lepra, blanca como la nieve. Y como Aarón la mirase y viese toda cubierta de lepra.

»Dijo á Moisés: Suplicote, Señor mío, que no nos imputes este pecado que neciamente hemos cometido. Y que no quede ésta como muerta;

y como un aborto que es arrojado del vientre de su madre: mira como la lepra ha consumido ya la mitad de su carne».

Penetrado de lástima Moisés á la vista de la horrible dolencia, pidió al Señor la curación de su hermana, la cual alcanzó después que la culpada hubo sufrido el destierro; pues á las súplicas de Moisés había respondido el Señor: «Si su padre le hubiera escupido en la cara, ¿acaso no debiera siete días por lo menos estar sonrojada?»

Partiendo de Kibroth-Hataavah, *sepulcros de la concupiscencia*, seis horas de marcha conducen al desfiladero de Nakb-el-Bueib; sigue el Uadi-es-Saadeh, y al dar la vuelta á un alto cerro aparece el mar. Es el golfo oriental del mar Rojo. Lleno de arrecifes y de islotes, ofrece á la navegación poco é inseguro espacio; el monzón Nordeste, que reina desde el 15 de octubre al 15 de abril, facilita la entrada, imposible mientras reina el monzón contrario. Las orillas se componen principalmente de rocas calizas condúferas. En los momentos de calma podría llegar á creerse que debajo de las aguas existen verdes bosques y frescas praderas, espectáculo que contrasta agradablemente con la triste monotonía de las playas de áridas arenas.

Siguiendo las riberas occidentales del golfo, aparece á la vista del viajero un islote cubierto de ruinas llamado Djeziret-Faraun, *isla de Faraón*, y después las islas de El-Kurey, *la aldea*, y de Djebel-el-Kalat, *cerro del fuerte*. Los dos collados que forman la primera están rodeados de bancos de coral. Sus ruinas son vestigios de antiguos edificios, aun que de poca importancia. Según el parecer de algunos historiadores, en la cima del pico más elevado, que es el Septentrional, hubo un castillo. Allí llegaron los cruzados; las construcciones sarracenas que allí existen recuerdan á Saladino, quien, después de haber conquistado á Elath, se apoderó de aquel islote. Nos recuerda éste, además, á Reinalda de Chatillón y á Abufelda. Este golfo, hoy solitario, contempló en su día las flotas de Salomón en busca de oro de Ophir. Hizo equipar Solomón una flota en Asiongaber, que cae junto á Ailath, sobre la costa del mar Rojo en la Idumea:

«Y envió Hiram en esta flota algunas de sus gentes, hombres inteligentes en la náutica y prácticos de la mar, con las gentes de Salomón, las cuales eran menos instruidas.

»Y habiendo navegado á Ophir, tomaron de allí cuatrocientos veinte talentos de oro, y trajéronlos al rey Salomón».

Continuando la excursión por aquellas playas, encuéntrase Akabah, población que quizás ocupa el sitio en que se levantó la antigua Elath.

Internándose por el desierto de Tih, después de algunas jornadas de

soledad y asfixiante calor, hégase á Calaat-el-Nakel, pequeño pueblo rodeado de huertos, gracias á una abundante fuente que los fecundiza.

A poca distancia aparece la antigua capital de los Navatheos, Petra, la capital que tiene hoy la Arabia Petrea. Petra está situada en una llanura rodeada por todos lados de rocas y montañas que se pierden en el desierto; estas rocas están llenas de millares de sepulcros más ó menos ricos en esculturas, y algunos de los cuales son de una grandiosidad asombrosa. En el fondo del valle se eleva una columna aislada, resto de una antigua basilica, y después se presenta á la vista, tras una larga calle de tumbas, un templo, el único que ha quedado de pie en Petra. Nótanse aún dos arcos de triunfo, uno de los cuales atraviesa el desfiladero que conduce á la ciudad; más allá un teatro, luego una tumba gigantesca llamada El-Deir, esculpida en relieve en la parte anterior de la montaña, y presentando, como en el estilo del renacimiento, un frontis triangular cortado en el centro por una especie de torre adornada de columnas, al igual que las otras partes del monumento; y finalmente, otra construcción llamada por los árabes Kazne-Faraón, es decir, tesoro de Faraón, cuya fachada, cortada en la roca, es una de las más elegantes que darse puede. Su conservación, es admirable; sus columnas, frontis, chapiteles, corintios y bajo relieves, han conservado su primitiva perfección. La urna que la corona contiene, al decir de los árabes, todas las riquezas de Faraón. La arquitectura de estas construcciones no es de origen griego ni latino, recordando más bien, como en Baalbek y en Palmira, el estilo indo.

Este valle, morada en otro tiempo de los edomitas, de los amalecitas y de los moabitas, reunidos después bajo el nombre de nabatheos, muestra con sus ruinas imponentes vestigios de una civilización ya extinguida.

Dice un escritor, en su viaje á la Arabia Petrea: «Rodeamos un cerro en cuya cumbre se alza un árbol aislado, y ofrecióse á nuestros ojos inmenso panorama en medio de la soledad más espantosa; figuraos un mar con sus olas petrificadas. Avanzando por el mismo sendero, vemos en lontananza el monte Hor que guarda en su cumbre el sepulcro de Aarón; antiquísima tradición conservada por un pueblo también tan antiguo y viejo, que en él solo han de buscarse ó impresiones infantiles, ó memorias de remotos siglos. Toscas excavaciones y ruinas que casi se confunden con la tierra detienen por unos instantes al viajero erudito, que no sabe las maravillas que le oculta el peñascoso muro por donde va trepando; por fin, llega á lo más alto y sus ojos contemplan el espectáculo más singular, el cuadro de mayor magnificencia